

tareas y la conducta perturbadora disminuyen sustancialmente. Los estudiantes se sienten a gusto en los ámbitos cooperativos y aumentan los sentimientos positivos hacia sí mismos y hacia los otros.

Otra característica atractiva es que los estudiantes con una historia de fracasos académicos se benefician muy rápidamente. El trabajo en grupos cooperativos acrecienta el compromiso, y el centrarse en la cooperación tiene, como efecto secundario, la reducción del ensimismamiento y una mayor responsabilidad en lo concerniente al aprendizaje personal. En tanto que en el aprendizaje académico son modestos pero constantes, los efectos en el aprendizaje social y en la estima personal pueden ser considerables cuando se los compara con lo que ocurre en la organización individualizada de las aulas.

Curiosamente, descubrimos que algunos padres y docentes creen que los estudiantes más aventajados en los entornos individualistas no se benefician en los ámbitos cooperativos. «Los estudiantes dotados prefieren trabajar solos» suele ser la expresión más común de esta creencia. Pero un cúmulo de pruebas la contradice (Slavin, 1991; Joyce, 1991a). Tal vez el malentendido que existe con respecto a la relación entre el estudio individual y el cooperativo contribuya a la persistencia de esta creencia. Aprender en grupos cooperativos no implica que no se requiera del esfuerzo individual. En el aula de la señorita Hillepper cada alumno leyó los poemas individualmente. Cuando clasificaron conjuntamente los poemas, cada alumno aportó sus propias ideas y analizó las de los demás. El aprendizaje en grupos no somete sine potencia a los individuos. Los estudiantes dotados no son intrínsecamente menos cooperativos. En los entornos altamente individualistas se les enseña a desdénar a sus pares menos aventajados, y ello obra en detrimento de su calidad como estudiantes y como personas, tanto en la escuela cuanto en el futuro.

Acrescentar la eficacia de los grupos cooperativos: entrenamiento para la cooperación

Por razones no enteramente claras para nosotros, la primera reacción de algunas personas ante la propuesta de organizar a los estudiantes para estudiar juntos es de preocupación: los alumnos no sabrán cómo trabajar cooperativamente de una manera productiva. En realidad, la cooperación en grupo para llevar a cabo tareas sencillas no exige demasiadas habilidades sociales. La generalidad de los estudiantes es capaz de cooperar cuando tiene en claro cuanto se le pide. Sin embargo, elaborar métodos más eficaces para trabajar en colaboración es, sin duda, importante y existen ciertas pautas para ayudar a que los alumnos adquieran una mayor experiencia y una mayor competencia. Estas pautas se refieren a la dimensión, la complejidad y la práctica del grupo.

Nuestros primeros ejemplos se refieren a la simple colaboración en pareja para realizar tareas cognitivas claras. Ello se explica porque la pareja o el dúo constituye

la forma más sencilla de organización social. Una manera de enseñar a los alumnos a trabajar cooperativamente consiste en ofrecerles una oportunidad para la práctica en grupos de dos o tres estudiantes que son más simples. En esencia, regulamos la complejidad mediante las tareas asignadas y la dimensión de los grupos que formamos. Si los estudiantes no están acostumbrados al trabajo cooperativo, es razonable entonces formar grupos más pequeños con tareas simples o conocidas que les permitan adquirir la experiencia que los preparará para participar en grupos de mayores dimensiones. Los grupos de tareas que superan las seis personas son torpes y requieren de un liderazgo diestro, algo que los estudiantes no pueden proporcionarse sin experiencia o formación. Los grupos cooperativos de dos, tres o cuatro miembros son los más comúnmente usados.

La práctica da como resultado el incremento de la eficacia. Si comenzamos el aprendizaje en grupos cooperativos y nos limitamos simplemente a proporcionar práctica durante unas pocas semanas, descubriremos que los estudiantes se vuelven cada vez más productivos.

El entrenamiento para la eficiencia

También hay métodos para preparar a los alumnos con miras a una cooperación más eficiente y a una «interdependencia positiva» (véase Kagan, 1990; Johnson y Johnson, 1999). Basta una simple señal con la mano para atraer la atención de los grupos cuando están trabajando. Una táctica común consiste en enseñarles a los estudiantes que cuando el instructor levanta la mano, cualquiera que lo advierta debe concederle de inmediato su atención y levantar a su vez la mano. Otros estudiantes también lo notan y levantarán la mano y muy pronto todo el grupo didáctico está atendiendo al instructor. Este tipo de táctica es buena porque da buenos resultados al tiempo que evita gritar por encima del murmullo producido por los ocupados grupos y enseña a los alumnos a participar en el proceso de gestión grupal.

Kagan ideó algunos métodos para enseñar a los estudiantes a trabajar en colaboración con vistas a alcanzar los objetivos y a procurar que todos participen en igual medida en las tareas grupales. Un ejemplo de ello es lo que Kagan denomina «cabezas numeradas». Supongamos que se está trabajando en grupos de tres estudiantes. Cada participante de cada grupo elige un número del uno al tres. Se les asignan tareas simples («¿cuántas metáforas encuentras tú en esta página en prosa?»). Todos los miembros son responsables de resolver cabalmente cada una de las tareas. Después de un ordenado intervalo, el instructor dice en voz alta un número (por ejemplo, a los números doses). Los alumnos que tienen el número dos, de todos los grupos, levantan la mano y deben hablar en nombre de sus respectivos grupos. El instructor se dirige a uno de ellos. Los demás deben escuchar y verificar la respuesta de la persona que informa. Si, pongamos por caso, la respuesta es «siete», al resto de los alumnos deben cotejar esa respuesta con la propia. «¿Cuántos están de acuer-